



B R E V Í S I M A

H I S T O R I A



D E E S P A Ñ A

Un ameno y riguroso recorrido por nuestro pasado



H E N R Y

K A M E N



  
ESPASA

B R E V Í S I M A  
H I S T O R I A  
D E E S P A Ñ A

H E N R Y  
K A M E N

Traducción de  
Albino Santos Mosquera

  
ESPASA

© Henry Kamen, 2014  
© Espasa Libros, S. L. U., 2014  
© Traducción: Albino Santos Mosquera, 2014

Diseño de cubierta: Sánchez/Lacasta  
Imágenes de cubierta: Álbum/Oronoz

Depósito legal: B. 5.378-2014  
ISBN: 978-84-670-4111-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si <necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

# ÍNDICE

<b>PREFACIO</b> .....	11
<b>1. GEOGRAFÍA, PREHISTORIA, INVASIONES</b> .....	19
<b>2. LOS SIGLOS MEDIEVALES DE MUSULMANES Y JUDÍOS</b> .....	29
<b>3. LOS REYES CATÓLICOS</b> .....	51
Dinastía y unificación .....	52
Castilla y Aragón en Europa .....	56
La primacía de Castilla .....	58
El fin de la Granada musulmana y la expulsión de los judíos .....	61
El secreto del éxito de España .....	66
Un comienzo cultural .....	69
La leyenda de los Reyes Católicos .....	73
<b>4. LA AVENTURA DEL IMPERIO DE ULTRAMAR</b> .....	77
Los pioneros .....	83
Los pioneros misioneros .....	89

El nuevo imperio .....	92
Una repercusión mutua .....	95
El imperio: críticas y mitología .....	100
<b>5. ESPAÑOLES EN EUROPA .....</b>	<b>105</b>
El emperador .....	105
Felipe el Prudente .....	116
El Imperio otomano .....	119
Los Países Bajos .....	120
La «Grande Armada» .....	124
Una Leyenda Negra ficticia .....	126
<b>6. ESPAÑA: LA ESPERANZA DE UN ESTADO UNIFICADO .....</b>	<b>131</b>
La unificación de la península .....	132
La intervención en Aragón .....	135
La expulsión de los moriscos .....	137
Las separaciones de Cataluña y Portugal .....	140
La sucesión borbónica .....	148
La unificación de España .....	152
<b>7. LA ESPAÑA DE CERVANTES .....</b>	<b>155</b>
El Barroco .....	162
El aumento de la pobreza .....	166
La crisis social y la violencia .....	171
Bandolerismo y revueltas .....	174
Cambio cultural .....	176
<b>8. LOS BORBONES EN ESPAÑA Y EL RÉGIMEN LIBERAL (1714-1890) .....</b>	<b>181</b>
El siglo XIX .....	194
<b>9. LA GUERRA CONTRA ESTADOS UNIDOS Y EL DESASTRE (1890-1930) .....</b>	<b>203</b>
Crisis políticas .....	208
El regionalismo .....	214
El ejército irrumpe en la política .....	216
<b>10. TRES AÑOS DE GUERRA, 35 AÑOS DE PAZ.....</b>	<b>221</b>
Hacia la guerra civil .....	226
Sublevación militar .....	230
La Guerra Civil .....	232
La dictadura .....	238

<b>11. DEMOCRACIA Y CRISIS, 1975-2011.....</b>	<b>247</b>
El tránsito a la democracia .....	248
El terrorismo .....	255
Inmigración y transformación en España .....	257
Cambio social en la era de la democracia .....	259
La persistencia de la corrupción .....	264
<b>12. UNA HISTORIA DEL FUTURO .....</b>	<b>269</b>
La unidad .....	270
La monarquía .....	273
¿Solo dos Españas? .....	277
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO .....</b>	<b>279</b>

# 1

## GEOGRAFÍA, PREHISTORIA, INVASIONES

Para quienes vivieron en las civilizaciones antiguas de lo que después sería Europa, Hispania (el nombre que los romanos dieron a la península ibérica) era el fin del mundo. El paso entre las Columnas de Hércules (el actual estrecho de Gibraltar) conducía, en palabras de los poetas, a un intransitable océano de tinieblas. La península fue, por lo tanto, destino final de todas las grandes civilizaciones expansionistas originarias del área mediterránea.

Los orígenes de los primeros pobladores son poco claros. El hombre de Neanderthal que habitaba la península fue rápidamente desplazado en el periodo paleolítico por inmigrantes procedentes del norte, de África y del Mediterráneo oriental. Estos primeros moradores llegados de fuera dejaron rastros muy dispersos de su presencia que demuestran que eran unos inteligentes fabricantes de armas y activos cazadores. Todavía podemos ver cómo era su arte en las numerosas pinturas rupestres de la costa levantina y, muy especialmente, en los magníficos murales de la cueva de Altamira (Cantabria). Desde aproxi-

madamente el año 3000 a. C., los primitivos hábitos de caza de los habitantes peninsulares fueron dando paso, influidos por la llegada de nuevos pobladores, a una cultura más sedentarizada. La utilización del cobre y el bronce, la domesticación de animales y la expansión de la agricultura caracterizaron la transición del periodo neolítico al del hombre de la Edad de Bronce. Podemos precisar la presencia dominante de ciertas razas identificables (principalmente, de origen africano) en áreas concretas de la península en los albores del primer milenio antes de Cristo. Estas tendieron a mezclarse con los pueblos nativos; de ahí que unas y otros sean comúnmente designados con la denominación conjunta de pueblos celtíberos.

Con la llegada de colonos de las civilizaciones transmediterráneas, se inició una nueva fase en el poblamiento de Iberia. Primero arribaron los fenicios hacia el siglo VIII a. C. Vinieron principalmente a comerciar, pero terminaron estableciéndose en lo que actualmente es la zona de Andalucía, donde fundaron Gadir (la actual Cádiz) y otras colonias, y desarrollaron una cultura altamente civilizada y pacífica en Tartessos, un asentamiento cuya ubicación exacta ha sido siempre un misterio y que, hasta décadas recientes, no ha empezado a ser investigado por los arqueólogos. Los siguieron un siglo después los griegos, que también introdujeron dos cultivos que serían de fundamental importancia en la historia española: el olivo y la viña. Se han hallado algunos restos de la cultura griega (principalmente estatuas) en las áreas en las que se establecieron. Fundido con las influencias autóctonas, el estilo artístico resultante produjo sobresalientes muestras de escultura grecoibérica, entre ellas, la más distinguida obra superviviente del arte levantino del siglo V a. C.: la impresionante figura de la Dama de Elche.

En ese mismo siglo, la colonia fenicia norteafricana de Cartago inició su expansión por el territorio ibérico. La tradición dice que los fenicios de Cádiz llamaron a Cartago para que acudiera en su ayuda contra Tartessos. Aquella no sería la última vez que una petición de apoyo dirigida a fuerzas foráneas iba a cambiar los destinos de la península. Los cartagineses ocuparon y explotaron enseguida las áreas colonizadas por sus predecesores. Su control del territorio ibérico se convertiría pronto en un elemento indispensable para la propia Cartago, pues el inexorable acrecentamiento de su rivalidad con Roma la obligaría a depender en gran medida de sus recursos peninsulares. Podría



decirse, pues, que la principal herencia legada por Cartago a la posterior historia española fue posiblemente el que indujera a su vez la entrada de los conquistadores romanos en la península.

¿Qué atrajo a tantas oleadas de nuevos pobladores hacia Iberia? Buena parte del terreno es, por naturaleza, duro y poco acogedor. Los inmigrantes que entraban por los Pirineos y encaiminaban sus pasos hacia el oeste se encontraban una zona parcialmente accidentada pero bien regada, idónea para el cultivo y el pastoreo. Quienes desde ese mismo origen se dirigían hacia el este, topaban con un terreno acogedor y bordeado por buenos puertos para el comercio. Pero quienes se adentraban en la masa continental, en dirección sur, daban con amplias extensiones de terreno árido, poco propicias para un asentamiento confortable. Más allá, tras una brusca elevación del relieve, estaba la seca inmensidad de la Meseta central, habitada exclusivamente por las tribus primitivas de la península. Los recién llegados tendían, pues, a quedarse en la periferia, donde tanto la agricultura como la minería eran posibles. Los pobladores procedentes de África y del Mediterráneo oriental se ciñeron de forma parecida al litoral meridional y a los ricos valles fluviales. Se sintieron particularmente atraídos por las tierras costeras bajas que se extienden a lo largo del litoral mediterráneo.

La mayor parte de los restos culturales significativos de la antigua Iberia están localizados en esas zonas periféricas. El geógrafo griego Estrabón, que se quejó de lo inhóspita que era la Meseta central, no escamoteó elogios, sin embargo, para referirse al «refinamiento y la cultura» de Tartessos y de su arte y su poesía. Los griegos de Emporion, en el extremo noreste peninsular, eran también guardianes diligentes de la herencia artística de su raza, como podemos apreciar en las impactantes estatuas clásicas descubiertas en su antiguo emplazamiento. Otros colonizadores posteriores permanecieron en esos territorios más exteriores y se negaron a dejarse arrastrar hacia el interior. Los cartagineses, que fueron los primeros que intentaron una conquista más o menos seria de la península, no fueron una excepción a esa regla. Ocuparon las zonas costeras del sur y el este, y establecieron sus bases en ciudades como Cádiz y Cartago Nova (la actual Cartagena). Pero, pese a su cuidada y organizada política de poblamiento y colonización, los cartagineses se vieron permanentemente frenados por la hostilidad tanto de los nati-

vos del interior como de los romanos que trataban de extender su influencia hacia el sur.

La Segunda Guerra Púnica (siglo III a. C.) entre Cartago y Roma destruyó el poder de la potencia norteafricana en Iberia. El líder cartaginés Amílcar Barca inició la utilización sistemática de la península como base militar. Su hijo Aníbal conquistó las tierras costeras mediterráneas, cruzó el Ebro (línea divisoria por entonces entre las esferas de control romana y cartaginesa, según un acuerdo del 226 a. C.) y se adentró con sus tropas en la Galia, camino de Italia. Sus brillantes campañas en suelo italiano tras una magnífica travesía de los Alpes, ayudado incluso de elefantes, obligaron a los romanos a abrir un segundo frente en Hispania. Las fuerzas romanas allí destacadas fueron puestas bajo el mando de la familia de los Escipiones. Fue Publio Cornelio Escipión quien finalmente dirigió la destrucción del poder cartaginés. Cartagena cayó ante sus tropas el 209 a. C.; Cádiz fue conquistada tres años después.

El fracaso de los cartagineses en su propósito de dominar Iberia fue causado en parte por los obstáculos geográficos a la unidad peninsular. Las montañas cantábricas al norte, la altiplanicie de la meseta castellana en el centro y Sierra Morena al sur dividían más que unían, con lo que obstaculizaban la conquista y la integración en vez de facilitarlas. El marcado contraste entre las ricas tierras agrícolas del litoral septentrional y nororiental y el seco terreno de pastoreo del sur y el interior agudizaba las divisiones económicas en la propia península. Los cartagineses fueron incapaces de superar esos factores y mantuvieron en todo momento un papel esencialmente restringido al estatus de potencia costera. La única expedición importante que Aníbal condujo hacia el interior (concretamente, hacia Salamanca) fue un fracaso.

La absorción de Iberia dentro de la órbita del Imperio romano supuso el inicio de uno de sus más prometedores periodos culturales. El dominio romano duró aproximadamente desde el siglo II a. C. hasta comienzos del siglo V d. C. Durante esas siete centurias de paz y orden se produjo en la península (llamada Hispania por los romanos) una significativa transformación. La conquista no fue ni fácil ni, desde luego, total. La resistencia de los lusitanos (en Portugal) y los celtíberos (en Castilla) tuvo ocupadas a las fuerzas romanas en el siglo II a. C. Los pueblos de Cataluña se sublevaron con tal persistencia que Livio los cali-

ficó de *ferox genus*, raza fiera. La caída de la ciudad celtíbera de Numancia ante Escipión Emiliano en el 133 a. C. marca el final de toda oposición significativa al dominio de Roma. El sitio numantino, famoso por el heroísmo de los defensores de la plaza y por el salvajismo de los vencedores, fue recogido en las crónicas de varios historiadores romanos. Entre los españoles de épocas muy posteriores, sería recordado gracias a la tragedia escrita por Cervantes sobre aquel suceso, *La Numancia*, que es probablemente la obra teatral más conocida de la producción literaria cervantina. En el norte de Hispania, los astures y los cántabros continuaron resistiéndose a la dominación y no fueron sometidos hasta que el mismísimo César Augusto intervino personalmente en una campaña militar a tal fin (29-19 a. C.).

En el siglo I a. C., la península fue escenario de la entrada de las fuerzas tanto de Pompeyo como de Julio César. Al crearse el Imperio bajo el mando de Augusto, Hispania fue reconocida como una provincia vital del mismo. Empezó entonces un intenso periodo de pacificación y romanización. Por vez primera (y posiblemente última), se impuso en Hispania una cierta forma de unidad política y moral; sus habitantes pasaron a ser denominados colectivamente por el gentilicio de «hispanos». Es evidente que lo que los romanos lograron en realidad no fue más que la imposición de una fuerza externa sobre las costumbres y la cultura de los nativos. Pero estos fueron enseguida animados a identificarse con los hábitos y modos de hacer de sus conquistadores. Los frutos de su suelo y de sus minas convirtieron a Hispania en una importante nación comerciante; se construyeron carreteras (un total de unos 20.000 kilómetros de ellas); se introdujo una moneda común. Los grandes acueductos de Segovia, Tarragona y Mérida siguen dando fe aún hoy día del espíritu práctico con el que los conquistadores construyeron ciudades y las proveyeron de servicios esenciales. Tarragona, en particular, fue una extraordinaria capital provincial, de la que Estrabón dijo que estaba «provista de todo lo necesario, no menos frecuentada que Cartago, [...] metrópoli no solo de la Hispania del lado de acá del Ebro, sino también de la del lado de allá». Los intereses económicos propios de Roma la llevaron a explotar los recursos naturales mineros de Hispania en forma de oro, plata, hierro y plomo; el aceite de oliva y el vino hispánicos también se incorporaron al mercado mediterráneo. Gracias a la cooperación entre las clases altas terratenientes y urba-

nas, los hábitos y la cultura romanos terminaron siendo aceptados de manera general. Algunos privilegios políticos (sobre todo, el de convertirse en «ciudadanos» de Roma) se hicieron extensivos al patriciado hispanorromano. Se adoptaron igualmente las divisiones sociales romanas entre hombres libres y esclavos. La instalación de grandes haciendas (o latifundios), labradas a veces por mano de obra esclava, señaló el comienzo del que sería el sistema feudal de propiedad de la tierra. El latín se convirtió en la lengua oficial de la población hispana. Y como característica más significativa de todas a largo plazo, también el cristianismo se filtró entre los habitantes de la península durante el periodo del Imperio.

Tal vez el impacto más profundo de Roma fue el de índole sociopolítica. Las impresionantes ruinas de Itálica (en Sevilla) y Mérida representan el triunfo de la civilización urbana en un entorno semiprimitivo. Si algo podía ofrecer Roma, procedía principalmente de las ciudades, pocas y dispersas, pero, pese a todo, garantes permanentes de la cultura hispánica. Las haciendas de campo, tan apreciadas por los poetas y los estadistas retirados, estaban igualmente destinadas a ser un elemento de continuidad, pues fueron las que iniciaron la pauta —transmitida hasta la actualidad— de áreas y explotaciones rurales extendidas, aprovechadas por una élite restringida y trabajadas por peones mal remunerados. La significación de la repercusión cultural es mucho más dudosa. Hispania fue cuna de algunos de los nombres más insignes de la literatura latina posterior: de Séneca y de Lucano, de Quintiliano y de Marcial, de Pomponio Mela (el geógrafo) y de Marco Porcio Cato (tutor de Ovidio). También produjo cuatro emperadores, Trajano y Adriano entre ellos. Pero muy pocos de esos nombres, ni siquiera los que llevaban sangre ibérica en sus venas, como Marcial, fueron producto propiamente dicho de Hispania: todos eran romanos. No eran íberos y ni por asomo podría considerárseles en modo alguno «españoles», una identidad que no existía aún. No había llegado todavía la hora de que la península realizara una aportación distintiva a la cultura mundial; seguía siendo un lugar receptor de culturas foráneas. La cultura romana —al menos hasta el siglo IV— que ha sobrevivido hasta nuestros días no muestra apenas rastro alguno de haberse diluido con influencias procedentes de Hispania, un territorio que, pese a todo, era muy apreciado por los romanos. Para el naturalista y filósofo

Plinio el Viejo, la costa del Levante español era, después de Italia, el lugar más excelso del mundo «por el espíritu de trabajo de sus habitantes, por la fortaleza de sus esclavos, por la resistencia de los cuerpos humanos y por la vehemencia de su corazón».

La continuidad de la cultura romana en su época de decadencia quedó asegurada gracias al auge del cristianismo. San Pablo (según la leyenda de la devoción popular) trajo la simiente de la nueva religión a la península y esta arraigó con facilidad en el sediento suelo de una cultura falta de ideales místicos. Como religión minoritaria disidente que era, el cristianismo fue objeto de persecuciones esporádicas y numerosos mártires hispanos se sumaron pronto al santoral. Por el grado de aceptación que tuvo entre los sectores no oficiales de la sociedad de Hispania, la nueva religión se aseguró una existencia continuada incluso después de desmontado el marco de la autoridad imperial. Al mismo tiempo, la Iglesia adoptó una organización diocesana paralela a la de la estructura oficial y, por asociación, terminó por integrarse en el orden de la autoridad temporal. En el siglo IV, el cristianismo hispano y el romano estaban ya estrechamente entrelazados. La misma península que había dado emperadores a Roma pasó a darle papas. Fueron varios los hispanos que se distinguieron en la nueva Iglesia universal: Osio, obispo de Córdoba, presidió el Concilio de Nicea; Prisciliano, obispo de Ávila, tuvo la mala fortuna de ser quemado por hereje. Entre los cristianos más memorables del siglo IV estuvo el poeta Prudencio, un noble originario muy probablemente de Zaragoza que, a la edad de 57 años, renunció al mundo e ingresó en un monasterio. Allí escribió algunas de las muestras más intensas de la lírica religiosa del cristianismo latino temprano, con lo que se convirtió en el primer gran poeta de la Iglesia cristiana.

A finales del siglo III, la península comenzó a ser objetivo de expediciones de asalto y saqueo: en el norte, por parte de partidas de francos que penetraban en las provincias nororientales, y en el sur, por parte de bereberes que practicaban incursiones en territorio andaluz. Posteriormente, en el 409 d. C., un año antes de que el líder visigodo Alarico saquease Roma, varias tribus germánicas cruzaron en muy poco tiempo la Galia e irrumpieron en tropel en Hispania a través de los Pirineos. Los componentes principales de aquel grupo de nómadas «bárba-

ros», altos y rubios, que despreciaban la civilización urbana de los romanos, eran los suevos, los vándalos y los alanos. Del 415 en adelante, también los visigodos ampliaron su ámbito de actuación a la península. De hecho, bajo el reinado del visigodo Teodorico II (453-466), estos pusieron fin a casi toda oposición de los demás bárbaros presentes en Hispania y comenzaron a controlar la península como un poder independiente de la autoridad romana. Los visigodos, que instalaron su capital en Toledo, profesaban la versión arriana del cristianismo (para la que Cristo no es una de las personas de la Santísima Trinidad), pero fracasaron en su empeño por imponer sus creencias entre el pueblo llano. En el 587, Recaredo, el rey visigodo de Toledo, se convirtió al catolicismo e impulsó un movimiento dirigido a unificar la doctrina.

En los tres siglos de reinado visigodo que precedieron a las invasiones musulmanas de principios del siglo VIII, la sociedad hispana experimentó importantes cambios. La población hispanorromana, aun cuando mayoritaria, estaba dispersa y fragmentada. Una consecuencia de esa diseminación fue que las principales ciudades, otrora núcleos de la cultura, entraron en declive. La población germánica siguió siendo durante mucho tiempo una minoría no absorbida por el resto que vivía en asentamientos rurales y evitaba los urbanos. Las divisiones entre hispanorromanos y visigodos eran profundas. Las clases altas de los primeros formaban un patriciado cultivado que vivía en las ciudades y cuyos miembros eran ricos propietarios de tierras y católicos en el plano religioso. Los segundos eran una raza nómada y guerrera organizada conforme a una estructura tribal, mayoritariamente iletrada, que rehuía la vida urbana y que profesaban el arrianismo. Estas importantes diferencias se veían exacerbadas, además, por la presencia de otra división religiosa: la resultante de la numerosa y creciente colonia de judíos peninsulares, duramente perseguidos durante gran parte del periodo visigótico. La desunión confesional entre cristianos fue oficialmente eliminada por la conversión del rey Recaredo, pero la desunión racial y social no podía curarse tan fácilmente y las disputas políticas provocadas por el principio visigótico de la monarquía electiva desembocaron finalmente en una gran pugna interna que terminó por atraer a los musulmanes hasta Hispania.

La huella visigoda en la posteridad fue más bien tenue. Por su nivel cultural relativamente primitivo, los visigodos dejaron

poco tras de sí en forma de arte o edificaciones. El liderazgo intelectual correspondió a miembros de la élite hispánica autóctona y del clero católico. «Fueron estos —según explica un historiador actual— quienes conformaron la legislación, la vida espiritual y el esplendor económico relativo de la monarquía visigótica durante el siglo VII». San Isidoro de Sevilla (560-636) fue el gigante espiritual de esa era. Los visigodos no crearon una estructura política fuerte, pero sí legaron un valioso código de sus leyes, el *Liber Iudiciorum* (del 654), que serviría de guía para posteriores legisladores de la Hispania cristiana. En esas leyes puede verse ya el rudimento del sistema de relaciones sociales que evolucionaría hasta dar en el feudalismo.

En el 711, un ejército formado casi exclusivamente por bereberes (y muy pocos árabes) se introdujo en la península desde África invitado por uno de los pretendientes cristianos al trono visigodo, objeto de enconada disputa. Son varias las versiones de cómo llegó a producirse algo así y en todas queda reflejada la agria rivalidad que agitaba por entonces las filas cristianas. Las tropas invasoras desembarcaron en una punta que posteriormente se llamaría (en honor de uno de sus generales) Jabal-Tariq (Gibraltar), es decir, «montaña de Tariq». Las huestes del último rey visigodo, Rodrigo, fueron derrotadas en la batalla de Guadalete, en la que murió el propio monarca. En el transcurso de los siete años siguientes, la mayor parte de la península cayó bajo el control musulmán: los aliados extranjeros del primer momento se fueron transformando paulatinamente en conquistadores. Su raudo éxito puede explicarse en parte por la favorable acogida que recibieron de los oponentes a la monarquía visigoda, y en parte también por las debilidades estructurales del Estado visigótico. Había empezado así la dominación islámica, que alcanzaría su cenit hacia el final del siglo X.